

Malas maneras

Michel Onfray: *Tratado de ateología. Física de la metafísica*. Trad. Luz Freire, Barcelona, Anagrama, 2ª Edición, 2006.

Pues de eso se trata, de malas maneras. Uno encuentra un libro en donde cree hallar ideas afines, sentimientos fraternales, acaso los mismos temores, porque está convencido, al igual que Michel Onfray, del espectacular e inquietante progreso del integrismo, importa poco cuál fuere su forma y filiación, y se arroja a su lectura apasionada y cuidadosamente, con la esperanza de hallar una confirmación a sus conjeturas, quizá una refutación, mas siempre una base teórica para sus humildes proyectos. A medida que se agotan las páginas de este tratado del ateísmo crece el malestar, la indignación, la discrepancia manifiesta, y al fin, ante el punto redondo, el cansancio que produce todo noble proyecto que deviene en poco. No obstante, son muchas sus virtudes, prodigiosas incluso sus iluminaciones, es docta su disertación y, en ocasiones, fundado su análisis. Pero acompañan a la improvisación, la celeridad y un lenguaje chabacano nada propio de un intelectual. Doloroso contraste.

Como suele pasar con los grandes libros también éste subyuga desde el principio. Evocando los temibles desiertos africanos, sus duras condiciones de vida, la primera idea feliz: su aridez impulsó el anhelo de encontrar con la muerte un vergel fecundo, pleno de ángeles y bienaventuranzas. Un mundo lleno de desdichas obliga a soñar con un paraíso de la bendición: no hay deidades sin penuria. Esta verdad inaugura un primer discurso destinado a poner de manifiesto que la muerte de dios ha seguido produciendo lo sagrado, al igual que el fin de la filosofía o la novela generó obras filosóficas y literarias, cuando lo cierto es que dios no puede morir, puesto que los seres ficticios no mueren. Magnífica sugerencia que el autor, sin embargo, no justifica por entero, dado que eso comportaría entrar de lleno en las oceánicas profundidades de la lógica y de los términos "existencia" o "ser" relacionados con aquélla. No, más bien se limita a colocar cualesquiera divinidades en el reino mitológico de los personajes que pueblan los cuentos de hadas. Hacerlo así, prescindiendo de analizar el estatuto ontológico –menos *óntico* que *lógico*- de las primeras, para advertir después que no cabe refutación de las mismas ya que tampoco es

posible refutar una narración fantástica, es negarse a llevar el tema al ámbito de la argumentación. Consciente tal vez de ello, dirige su atención al origen antropológico y cultural del fenómeno sagrado, que se constituye en un intento vehemente por eludir la extinción y la nada, y cuyo definitivo final obligaría a un postura serena –de la que según él estamos a años luz- ante el no-ser y la propia muerte. Tampoco es una idea original: Unamuno puso de manifiesto que, si decretamos la inexistencia de dios, no vemos abocados al problema de la nada, infinito pasillo que discurre tras el fin de la vida. Un ateísmo coherente está obligado a darle cumplida solución, repuesta que el intelectual galo, hasta donde alcanzo a ver, no ofrece. Se conforma, por otro lado, con proclamar una ontología materialista, sensualista, inmanente y atea con la que, debo admitirlo, estoy de acuerdo en parte. Disiento en cuanto no veo en su doctrina más que una declaración de buenas intenciones.

Con posterioridad, pasa nuestro autor a llevar a cabo una afortunada genealogía del ateísmo, en absoluto exenta de felices intuiciones. En especial, las que giran en torno al sentido del término. Así, “a-teo” denota una privación, un carácter negativo, una falla ontológica profunda: es comprensible el lógico rechazo que algunos sienten ante la palabra en cuestión. De todas formas, convendría profundizar un poco, estableciendo hasta que punto cabe hablar –con respecto al calificativo- de negación o de mera oposición. En su origen, se designaba con él no a quien negaba a dios sino al que se resistía a creer en las deidades propias de su comunidad. De hecho, inaugura el libro que estoy comentando un extenso pasaje del *Ecce homo* de Nietzsche en el que faltan, por cierto, las últimas palabras del filósofo alemán, donde Dionisio se contrapone al Crucificado, y que no hacen sino poner de manifiesto que el pensador germánico no eran tan ateo como se suele suponer. Es difícil fijar, según estos antecedentes, el vocablo en su rigurosa acepción, máxime si afirmamos con Onfray que lo religioso jugó un papel esencial en la constitución de las primeras formas de humana convivencia.

Más interesante y, desde luego, más inquietante resulta la denuncia implícita que el escritor francés hace a propósito del velo de ignorancia que tradicionalmente ha caído sobre los escépticos ante la sacro. La historia de las ciencias, las artes y las letras atesora un sinfín de obras ateas, olvidadas casi todas, al igual que una interpretación

harto malévolos de las doctrinas materialistas, es decir, del pensamiento de filósofos o científicos que se atrevieron a atribuir un origen o causa material incluso a los hechos espirituales. En efecto, apenas nos quedan unos fragmentos del impresionante sistema de Demócrito, mientras que los comentaristas de Epicuro, cuya ética tanto debía al primero, no cesaron de desprestigiar su filosofía: basta recordar que el significado de "epicureísmo" o del adjetivo "epicúreo" tiene todavía lamentables connotaciones negativas, bastante alejadas de las tesis del griego. Cabe ver aquí una auténtica manipulación, un deseo consciente que, a lo largo de la historia, trató de silenciar aquellas opiniones opuestas a lo sagrado. Lo mismo cabe afirmar de los ilustrados, de quienes sólo reciben alguna atención por parte de los especialistas los que suscribieron el deísmo, Rousseau o Voltaire por ejemplo, en tanto que La Mettrie y Holbach, ateos convencidos, languidecen en la indiferencia, destino común de Feuerbach, Marx y, en nuestros días, Sartre, tan leído en su época. Esta tácita acusación no debiera caer en saco roto, animando a quienes nos dedicamos al estudio de las Humanidades o de la historia de la ciencia a poner en entredicho el legado recibido, y es, desde luego, mérito indiscutible de Onfray el formularla.

Tales sospechas deben recaer también sobre la moralidad que se suele atribuir a las religiones en sí mismas y al inmoralismo que igualmente se achaca a los que niegan a dios. El vínculo histórico que ha unido y une a la fe con la violencia permite cuestionar la bondad de sus propuestas éticas y en la medida que el ateísmo se caracteriza por la duda y el desengaño puede ser considerado, a la inversa, un fenómeno moral. Profundizando aún más, el autor lleva a cabo una radiografía de los supuestos judeocristianos que condicionan nuestra propia cultura pues no cabe ver la concepción de la libertad o de la culpa que manejamos en independencia de los mismos. Lo que no es más que la *episteme* de Foucault, el dispositivo por el que el mundo se presenta ante el discurso y de donde surgen el desprecio al cuerpo, a la mujer y el culto a la trascendencia que caracteriza a las religiones en cuanto se presentan a sí mismas como una cosmovisión. De aquí arranca una crítica cultural de primer orden destinada a poner de manifiesto que muchos de los prejuicios que nos asolan -inconscientes en demasiadas ocasiones- no tienen otro origen que el de la metafísica religiosa. La apelación a las tesis de Foucault es muy afortunada y

denota un conocimiento en absoluto vago del intelectual. Pero que, por desgracia, contrasta con una ignorancia profunda –me temo– de otros pensadores. Basten dos ejemplos: a Demócrito le considera un precursor de la física actual, sobre todo en lo que se refiere al atomismo, y cree que los descubrimientos de la última avalan las aseveraciones de aquél. Prescindiendo de la objeción ingenua según la cual el átomo del griego no se podía dividir –así su nombre lo indicamientras que los físicos de hoy saben lo contrario, lo cierto es que el filósofo helénico llegó a las conclusiones que le hicieron célebre dialogando con los eleatas –y con su noción de infinito–, prestando la misma atención a la lógica y al dato observacional, factor de importancia relativa para la mentalidad filosófica griega, si bien goza de valor capital para el proceder científico de nuestro tiempo. En segundo lugar, y en cuanto se ocupa de los milagros que, según la tradición, llevó a cabo Jesús para admiración sempiterna de sus correligionarios, no duda en atribuirles una lógica *performativa*, en tanto surgían gracias a un nexo entre la palabra y el acontecimiento que producía. El subrayado procede de las doctrinas de Austin, filósofo inglés cuyo pensamiento tanto debía a Wittgenstein, y quien trató de demostrar cómo ciertos enunciados generan determinadas situaciones. Esto es imposible si los primeros no presuponen algunos requisitos o reglas, cuando lo que suele caracterizar a los milagros es la falta absoluta de normas o condiciones previas. Ambos ejemplos ponen de manifiesto una lectura precipitada y superficial de estos dos pensadores, que choca, urge repetirlo, con el notable conocimiento que Onfray demuestra tener de Foucault.

Al igual que de Freud. El psicoanalista y gran filósofo de la cultura es el fundamento teórico del que parte nuestro autor para demostrar que es la pulsión de muerte el verdadero origen de las religiones, el presupuesto que avala su desprecio a lo mundano, a la sexualidad y a la nuda inmanencia; su definitivo final, por tanto, desembocaría en el placer de la vida en sí. Mientras se mantiene, sin embargo, aliándose con la política, con la razón práctica, desencadena los desastres de la guerra; si pretende explicar lo empírico degenera en tótems o supersticiones absurdas, en franca oposición a la racionalidad: baste sino recordar la condena a Galileo, terrible varapalo a las pretensiones del ser humano por explicar el universo merced al único auxilio de su inteligencia; porque es propia del

cristianismo –de todo monoteísmo, mejor dicho- la sumisión de cualesquiera ideologías a su autoridad doctrinal, el rechazo a la crítica independiente, reivindicando por su parte la *sancta simplicitas*. Propugnan una división ontológica del mundo en la que una de sus partes queda devaluada y ha de someterse incondicionalmente a la otra.

Desde tal perspectiva se procede a *deconstruir* las figuras en torno a las que gira el credo monoteísta, desmitificando los discursos que inspira. Así, cabe cuestionar la figura histórica de Jesús, resultado de narraciones posteriores más que de la obediencia rigurosa a los hechos. De nuevo, causa viva impresión constatar cómo la tradición nos legó una imagen distorsionada de aquél, disimulando las analogías que pudiera tener con otros líderes religiosos (Buda) o, incluso, con los presocráticos, algunos de los cuales gozaron también de una privilegiada relación con la divinidad (Sócrates o Pitágoras), entretejiendo un texto colmado de contradicciones: desde la posición del *titulus* (el INRI), cuatro distintas según los evangelios, hasta la resurrección, fenómeno que, en esos textos, fue contemplado por una y por varias personas, en lugares diversos a la vez. Asimismo el filósofo francés plantea serias dudas a la crucifixión porque la pena de muerte para los judíos de la época era la lapidación, mientras que se colgaba en la cruz a los que cuestionaban el poder imperial, lo que, según Onfray, Cristo no hizo jamás; este último dato puede servir muy bien para justificar la existencia de un Jesús más político pero el libro que comento no llega a tanto.

El análisis de la creación del cristianismo es audaz y se funda con solidez en una visión heterodoxa mas documentada de esa religión. Los inconvenientes surgen cuando se llega a la forja del personaje de Cristo por parte de Pablo. So capa de un discutible examen psicoanalítico el autor no duda en dirigirle las descalificaciones más atroces, los vituperios más temibles, en un rapto de histeria que roza la difamación; el inventario es prolijo, fecundo hasta lo vulgar, y de todo punto increíble. Llega a achacar al apóstol tal cantidad de dolencias –desde la artritis hasta el ántrax, del cólico a la rabia y aún me dejo muchas- que sólo se pueden aceptar dos alternativas: o son la consecuencia de una imaginación desaforada o el pobre hombre era, en efecto, un santo, pues solamente el auxilio de la divinidad hubiera podido salvarle de todas ellas. Me urge repetir lo

que dejé escrito antes: soy un escéptico impenitente en materia religiosa y no me afectan las pullas de este libro dado que me falta la fe a la que están destinadas. Sin embargo, no creo que adoptar la retórica de un inquisidor suponga una estrategia cabal en la lucha contra el oscurantismo ni sea, por añadidura, un progreso filosófico.

Más rigurosa, con una profundidad mayor, es la investigación que el filósofo lleva a cabo acerca del sospechoso maridaje entre la religión y la política. Así, el cristianismo dejó de ser una secta perseguida, casi destruida por sus adversarios, para consolidarse, gracias al poder temporal, pasando entonces a poner fin a toda oposición y heterodoxia con una virulencia en apariencia incompatible con sus doctrinas. Tomando como fundamento esa relación entre la violencia y la fe se puede concluir afirmando que las iglesias han sido siempre un claro precedente de los Estados totalitarios, apenas enmascarado por ese sedicente culto a los derechos humanos que, desde el solio papal, se han esforzado por rendir de un tiempo acá. No obstante, se echa en falta, llegados a este punto, alguna firme advertencia sobre la imposibilidad de conciliar los principios democráticos con los dogmas religiosos, y el peligro evidente de que los segundos puedan alentar veleidades tiránicas futuras, máxime si aceptamos la tesis -más arriba consignada- según la cual nuestra cosmovisión está contaminada, desde su origen, por el cristianismo.

Alentado por los férreos vínculos que unen a la fuerza bruta con las doctrinas teológicas Onfray lleva a cabo una relectura de los grandes libros que inspiraron la tríada monoteísta: el judaísmo, el cristianismo y el islam. Con la soltura que brinda el conocimiento exhaustivo de la materia, el autor comienza por inferir que es imposible la atribución de una fecha determinada para su creación, siendo asimismo probable que fueran escritos por muchas manos, lo que, a la larga, sirvió para que se otorgara a dios su definitiva autoría. Al mismo tiempo, se pone de manifiesto que incluso el monoteísmo aceptó injerencias extrañas: cabe ver un antecedente de aquél en el culto solar de los egipcios, pueblo tradicionalmente enemistado con Israel. En cualquier caso, que la Torá, los Evangelios o el Corán fueran el producto de un largo proceso de elaboración y reelaboración de incontables individuos justifica las notables contradicciones halladas en sus páginas. No hubiera estado de más un examen, siquiera somero, de lo que supone, en sentido amplio, la contradicción en sí

misma. Desde luego, no es un inconveniente que se pueda achacar a este libro en exclusiva: son innumerables las deserciones de la lógica por parte de los filósofos, incluso de quienes se han ganado a pulso una sólida reputación dentro de nuestra disciplina. Quizá sea un signo de los tiempos, una consecuencia necesaria pero lamentable también, pues el valor de la lógica, la importancia de la argumentación, alcanzan verdadero dramatismo y razón de ser cuando se constata cómo las religiones fundan sus tesis en la antinomia y la paradoja. Admitir a la vez una proposición y su opuesta desdibuja los límites, siempre imprecisos aunque necesarios por lo demás, entre la verdad y la falsedad, disculpando de antemano las acciones que se pueda inspirar en ambas. Si Dostoievski tenía razón y con la muerte de dios al ser humano todo le estaba permitido, no es menos cierto que la destrucción de la verdad permite justificar lo que sea.

De hecho, hay pasajes en los tres libros sagrados monoteístas que nos hablan de una deidad benévola y pacífica, vecinos de otros que defienden la guerra u el odio; se comprende así que personajes tan opuestos como Hitler o Martin Luther King, por ejemplo, se inspiraran, de una forma u otra, en los textos bíblicos. Es más, incluso el saludable precepto de Yahvé, que hallamos en el Deuteronomio: “no matarás”, sencillo y comprensible en su justa formulación, acompaña a la exhortación posterior que anima al pueblo elegido a exterminar a las culturas con las que compartían tierras, por lo que la admonición sólo tenía valor de ley a la hora de regular las relaciones de los judíos entre sí. Lo mismo se puede afirmar de la compasión cristiana o la discutible tolerancia de los musulmanes con quienes no participan de su fe. En última instancia, conviene repetir lo ya dicho: la incoherencia sirve nada más que para disculparlo todo. Y siempre fiel a la sospecha que ha de recaer sobre la tradición heredada, Onfray dedica algunas páginas a demostrar la fidelidad de Hitler al mensaje cristiano, las alusiones a los Evangelios en su doctrina política. En una inquietante nota a pie la traductora del libro, Luz Freire, advierte que tales alusiones fueron convenientemente eliminadas de la traducción del *Mein Kampf* a nuestra lengua, en un intento pueril de eludir la parte de la responsabilidad que nos toca en lo que se refiere a la barbarie nazi, dado que, por triste que pueda parecer, compartimos con ella, en cuanto europeos que somos, demasiados supuestos culturales. Los tres monoteísmos se caracterizan por exaltar el reconocimiento del

prójimo, su valor en sí, aunque a la larga lo acaban transformando en el semejante. Esta transformación desdibuja los rasgos propios del primero y pervierte de raíz cualquier relación humana.

Nuestro libro finaliza con un estudio riguroso del islam. Al igual que las otras dos religiones del Libro no está exenta de temibles contradicciones y se inspira asimismo en un universalismo y un mesianismo peligrosos. Trasladó las estructuras feudales del desierto árabe al mundo moderno, justificando las discriminaciones tradicionales que lo alentó. En un sano contraste el autor contrapone las características de las teocracias en general, y de la islámica en particular, con la naturaleza de la democracia. Las primeras suelen partir de modelos metafísicos previos, libres del férreo determinismo del espacio-tiempo, e imponen a la comunidad sobre la que se yerguen los rígidos atributos del concepto: impera la tradición y la autoridad. Las sociedades democráticas son empero fluidas, se sumen en un cambio y en una dinámica dialéctica constantes, sustentadas en el uso de la racionalidad y del diálogo. La contraposición merece el mayor de los elogios si bien plantea serios problemas –de los que el libro se permite prescindir- cuando, pongamos por caso, de lo que se trata es de integrar a un individuo que proceda de las primeras en las segundas, cuestión bastante actual y difícil de resolver por añadidura. Tampoco interesa aquí; lo que cuenta es destacar el totalitarismo implícito del mundo islámico, y los dardos apuntan al régimen de los ayatolás que perdura todavía en Irán, el cual, atendiendo a los inquietantes acontecimientos de la actualidad, parece encaminado a tomar el relevo que otrora estuvo en manos de los enemigos de Occidente.

Otra vez el signo de los tiempos: la guerra fría –sospechoso oxímoron- dio paso a nuevas contiendas, nuevos enemigos. Estados Unidos y sus socios –llamo así a los que hoy se les califica como “aliados”: mi término es más preciso- se han abalanzado sobre Oriente Medio, so capa de oscuros intereses políticos y económicos, provocando una conflicto que está muy lejos de llegar a su final. Ambos contendedores participan por igual –suele ocurrir- de una visión maniquea de la realidad, que puede tener un indiscutible origen religioso, pero que también enmascara otros fenómenos. No cabe cuestionar el alto contenido teológico en el que se hayan inmersos los países islámicos, afín además al de los Estados Unidos, nación en

absoluto laica. Mas diversos factores son dignos de consideración. Es cierto que las tensiones entre judíos y palestinos son alentadas por sus respectivas confesiones, empero tienen su origen en crisis políticas y sociales, destacando sobre todas el hecho de que Palestina carece de un Estado y es, por tanto, vulnerable ante sus enemigos, externos e internos. En cuanto se habla de lo religioso, entra en juego lo inefable: es difícil entender las acciones de un iluminado y complicada, en efecto, su justificación. No obstante, si éstas gozan de una dimensión política o social resultan comprensibles, lo que funda la esperanza de una solución ulterior. Si presuponemos, con Onfray, que dios tiene la culpa de esos males nos negamos a ver el problema en toda su extensión.

Desde tal perspectiva, es lógico que el filósofo francés culmine su obra con una exhortación a poner fin, de una vez por todas, a la nefasta influencia que lo trascendente impone al destino humano, destacando el valor definitivo del mundo real y de la vida desnuda. Yo, aunque no puedo por menos que aplaudir semejante propuesta, me veo asimismo en la obligación de advertir que si su realización pasa por alto la relevancia de otras cuestiones, muchas veces injusticias con las que el radicalismo encuentra la mejor de las coartadas, sólo servirá para dejar las cosas sin resolver. Con lo que doy fin a mi reseña, no sin antes reconocer los indudables méritos del libro que la inspira, virtudes cuyo número se habría multiplicado -en mi opinión- de no haber venido acompañadas de la precipitación más evidente, de la descalificación más gratuita. No se puede defender una causa tan noble de esa forma. Son malas maneras.

Juan Manuel Checa
Seminario de Filosofía Política
Universitat de Barcelona